

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**CATALINA RIVAS Y
ALGUNOS DE SUS CARISMAS Y MENSAJES**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Visión de Jesús.

El rosario.

El bautismo.

La confesión.

a) Momento de la reconciliación.

b) El poder de perdonar.

c) Una reflexión.

Adoración al Santísimo.

Promesas a los devotos al S. Sacramento.

Santo Dios, santo Fuerte, santo Inmortal.

Besos para Jesús.

Valor de una misa.

Visiones sobre la misa.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Catalina Rivas nació en Cochabamba (Bolivia) el 25 de noviembre de 1944. Está casada y con dos hijos. No tiene estudios superiores. Durante 30 años trabajó de secretaria ejecutiva en varias empresas. Es fundadora del Apostolado de la nueva evangelización (ANE), aprobado en 1999 por el obispo. En 2006 fundó el Instituto de vida consagrada *Stella maris* con sede en Mérida (México). Ha escrito varios libros sobre los mensajes que ha recibido directamente de Jesús, de la Virgen María y de algunos santos.

Tiene las llagas de Cristo en su frente, manos, pies y costado y experimenta la Pasión de Jesús los viernes desde el primer viernes de febrero de 1996. Ha sido examinada científicamente por un equipo de expertos dirigidos por el doctor Ricardo Castañón, fundador del grupo internacional para la paz, y ha concluido que en ella todo es normal a pesar de tener carismas sobrenaturales fuera de lo común.

Ciertamente que Catalina es una persona extraordinaria y que en sus conferencias recalca mucho la presencia real de Jesús en la Eucaristía y el amor a la Virgen María. En sus visiones aparecen frecuentemente muchos santos y por supuesto muchos ángeles. Tuvo la gracia de ver el cielo, el purgatorio y el infierno y siempre nos recuerda la obligación de orar por las almas del purgatorio, de la confesión y de la asistencia a la misa, que es la principal fuente de bendiciones. Siempre ha sido obediente a la jerarquía católica y para todos los que la conocen es un ejemplo de vida cristiana, aparte de que en todos sus escritos no hay nada contra la fe católica.

En este libro transcribiremos algunos de sus escritos de diferentes libros suyos y pondremos algunas notas suyas personales.

VISIÓN DE JESÚS

No sé el tiempo que pasó, si tuve un sueño, o qué fue lo que pasó. Me vi caminando por un parque bellissimo con hojas de colores verde y dorado, pero como las hojas recién mojadas, parecían de papel metálico. Al lado izquierdo había unas colinas que bajaban y subían. Detrás de mí muchos árboles. A la derecha y al frente había como un rincón y un banco muy brillante entre blanco y marfil, el color del cuadro de la Pietá. De pronto vi a Jesús, vestido con una túnica azul-celeste, y un manto rojo oscuro tirando a guinda. Me ha alargado su mano derecha, porque la izquierda mostraba su mismo Corazón. La mano alargada y el pie descalzo que salía de la túnica avanzando hacia mí tenía la marca de las llagas, pero de allí emanaba una luz dorada y celeste, muy brillante. Me he arrodillado sobre el césped que no era césped, sino como una alfombra aterciopelada, muy suave. Al dar el paso hacia mí y alcanzarme la mano, no sé cómo me he parado hacia Él. Aquellos ojos transparentes entre plomo y verde agua, el cabello castaño claro más abajo de los hombros, la barba del mismo color, la sonrisa... Es algo más bello de lo que cualquiera pueda imaginarse, lleno de luz, todo Él es luz... Cuando estaba ya de pie, frente a Él, ha tomado dulcemente mi cabeza y la ha llevado hacia su costado. Al besar ese Corazón tibio, he sentido como un estallido de luz y he vuelto de la visión. He llorado, al recordarlo y vuelvo a llorar. Creo que no podré olvidarlo nunca ¹.

EL ROSARIO

La Virgen María recomienda en sus apariciones el rezo diario del rosario. Dice: es un arma poderosa contra el demonio. Ella nos recomienda:

“Vayan a los hospitales y hagan rezar tres Credos y un Salve a todos los moribundos. Si se niegan, pónganles un escapulario, una medalla o un rosario. No se demoren, hijos míos. Ayúdenme en esta batalla entre la luz y la oscuridad”.

Debemos llevar el rosario con nosotros cuando evangelizamos: “Ya no duden, ya no esperen, salgan a las calles, ganen las plazas, toquen las puertas. Salgan a la pelea con oraciones, con el arma en la mano: EL SANTO ROSARIO, una medalla, un escapulario, una cruz...”

No teman por lo que les puedan decir, preocupense por agradar al Señor, por ayudarme en esta batalla contra el tiempo”

¹ Rivas Catalina, *La gran cruzada de la misericordia*, pp. 323-324.

“Hijos míos, están bajo la protección de mi manto y Mi Corazón Inmaculado. Sólo les pido fe, oración, comunión diaria. Oren, repitan el Credo todas las mañanas y cuantas veces puedan háganlo durante el día”.

“Pongan imágenes, rosarios y crucifijos benditos en todas sus habitaciones. Su doloroso testimonio, cada vez será más angustioso, pero es necesario para ayudar a Mis hijos para que perseveren en la fe y en la fidelidad. Ustedes son obra Mía y responden a un designio especial de Mi Inmaculado Corazón”.

Habrán muchos ataques, no deben preocuparse. La oración, el ayuno y la Comunión son el más poderoso exorcismo para ustedes, Mi enemigo no puede nada contra la persona que está en gracia.

“Recen el rosario y tengan cerca, en cada habitación crucifijos y rosarios benditos, rocíen con agua bendita todos los cuartos periódicamente y, sobre todo, tengan la certeza de que estoy protegiéndolos”².

EL BAUTISMO

Una persona a la que conocí, y a quien llegué a apreciar mucho, me pidió que la representara, juntamente a Jesús (Chucho) Solórzano en el bautizo de la hijita de Manuel Capetillo. Lo consideré un verdadero honor, primero por el significado de un bautismo y luego porque, tanto los padrinos titulares, Emilio y Mónica Burillo, como Chucho y Manuel, eran amigos nuestros.

Se llevó a cabo la ceremonia en una pequeña capilla cercana a Toluca, México, durante una misa que concelebró nuestro Director General con otro sacerdote.

Ese día, cuando nos acercamos con esa preciosa niña en brazos para que reciba el Sacramento del bautismo, una luz muy fuerte, dorada, ingresó por una ventana circular que estaba frente a nosotros. Los sacerdotes, de espaldas a esa ventana, eran bañados por aquella luz, al punto que me impedía distinguir sus rostros.

Supe que venía del Señor, porque parecía que nadie más se daba cuenta de ello y pensé que también podía ser porque uno de los nombres de la pequeña, era justamente Luz.

² Rivas Catalina, *Rezando el rosario*, pp. 15-16.

Aquella cascada dorada cubría a los sacerdotes, a la niña y graciosamente, como en ondas grandes, saltaba de nosotros, los padrinos y los padres, hasta un joven que estaba en una segunda o tercera fila, de rodillas, con las manos juntas y los ojos cerrados, en profunda oración.

Esto duró el tiempo en que se cumplía con el rito central del bautismo y luego todo volvió a la normalidad.

Varias veces, y aun cuando había terminado la celebración y felicitábamos a los padres de la niña, me asombró el ver que aquel joven seguía en la misma postura, parecía como esculpido en piedra, viviendo verdaderamente un encuentro con el cielo.

Jesús me dijo entonces algo parecido a esto: “La Luz del Espíritu Santo cubre del modo más sublime a quienes participan de este dichoso Sacramento. Por eso, tanto los padres como los padrinos, y todos los que asisten a este evento tan importante en la vida de un cristiano —ya que en él se lava todo pecado por herencia, para sumergirse en las aguas de la Gracia— debe ser vivido con una consciencia absoluta, con un conocimiento de su significado y de las consecuencias del Sacramento en la vida futura del bautizado.

Los nombres que deciden para el pequeño o la pequeña también son muy importantes, porque es en ese momento en que se hacen presentes, durante el bautismo, sus Santos patronos, y se comprometen a velar por la criatura que se bautiza. Por eso deben tomarlos siempre en cuenta, porque son sus Santos patronos quienes, al igual que Mi Madre, intercederán por ustedes cuando les pidan su ayuda”.

Cuando recordé este episodio, hace dos días, el Señor añadió: “¿Ahora comprendes por qué te dije en el bautismo de tu nieta que le pusieras todos los nombres que quisieras? Si se bautiza cristianamente, deben elegirse nombres cristianos”³.

LA CONFESIÓN

El día martes 8 de julio viajamos a Cozumel, pues habíamos sido invitados a dictar una conferencia allí. El Señor me dictó un mensaje para una joven diciéndome: “Dile que durante mucho tiempo he esperado este momento y espero su entrega”. Era una joven que fue a buscar a nuestro director espiritual

³ Rivas Catalina, *El rostro visible del Dios invisible*, pp. 19-20.

para realizar una confesión de vida. Cuando le entregué el mensaje, ella lloró. Entonces el Señor me pidió que la ayudara.

Conversamos hasta la llegada del sacerdote. Cuando juntos salían de una habitación dirigiéndose a otra para la Confesión, vi repentinamente que alrededor de ella había una gran cantidad de gente, tal vez diez o doce personas, que querían entrar con ella al recinto. Me sorprendí mucho al ver aquello, pero pronto comprendí que era una experiencia mística y me puse en oración.

Se oía por un lado unas voces que hablaban fuerte, con una música al ritmo de tambores que aturdí, y al mismo tiempo un coro, unas personas que cantaban el Ave de Fátima y otro coro que en la lejanía cantaba y decía: “¡Gloria y alabanza a Dios Creador, al Hijo Redentor, y al Espíritu Santo...!”

Me arrodillé y pedí que el Señor iluminara esa confesión. De pronto escuché un bullicio de gente que gritaba. Miré inmediatamente hacia el lugar desde donde provenían los ruidos y era el balcón de la habitación donde estaba confesándose la joven.

Lo que vi fue espantoso: figuras absolutamente desagradables, criaturas deformes, que salían corriendo y gritando y se arrojaban por el balcón al vacío. Al arrimarme a mi ventana para ver la caída, que fue mi primer impulso, no vi más a nadie.

En ese momento entró el amigo que había pedido al padre la Confesión para ella, y ambos pudimos escuchar claramente el ruido de cadenas y fierros que parecían rasgar el techo y las paredes. Nos pusimos a rezar, le dije que no tuviera miedo, que son los típicos ruidos y enojos del demonio, porque se le estaba arrebatando un alma. Me acompañó unos minutos en la oración, luego tuvo que marcharse.

Quedé sola en oración unos minutos, no sé cuántos, y de pronto una luz me hizo abrir los ojos. Constaté que frente a mí había desaparecido la pared que separaba el cuarto donde se realizaba la confesión de la habitación donde yo me encontraba.

Pude ver entonces a la joven que estaba sentada, confesándose, pero no delante del sacerdote sino frente a Jesús mismo. Yo no veía al sacerdote, era Jesús Quien había tomado su lugar. El Señor se veía de perfil, con las manos entrelazadas como en ademán de oración, mientras apoyaba sobre ellas Su mentón; pero Su actitud era de atenta escucha.

Detrás de la muchacha y junto a la puerta de la habitación estaba el grupo de personas entre las cuales se reconocía una monja, vestida de azul y con velo negro. Junto a ella, sobresalía un Ángel con las alas muy grandes, una figura majestuosa, con una gran lanza en la mano derecha, mirando a izquierda y derecha, en actitud de alerta. Pensé que podría ser San Miguel Arcángel, o algún capitán de su Milicia Celestial.

En el fondo, a la derecha de Jesús y de la joven que se confesaba, reconocí a la Virgen María, de pie, vestida como Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, con un traje que parecía de seda, color perla, y un manto color “tostado”, o caramelo, con los emblemas que usualmente lleva esa imagen.

Dos ángeles muy altos, de pie, sostenían sus lanzas en una mano, observando de manera atenta, al igual que el de la puerta. Estaban vigilantes y alertas, como custodiando a la Virgen, que permanecía de pie con las manos en oración, mirando hacia el cielo, mientras ellos parecían vigilar todo el recinto.

Había muchos pequeños ángeles que iban y venían, como si fueran transparentes. En cierto momento, Jesús levantó la mano derecha dirigiendo la palma a cierta distancia de la cabeza de la joven. Toda Su mano estaba llena de luz, de ella salían rayos dorados que la cubrían enteramente con todo esplendor, transformándola. Yo veía cómo el rostro de la penitente iba cambiando, como si le quitaran una máscara... Vi cómo ese rostro duro de antes, se transformaba en otro más noble, dulce y pacífico.

En el instante en el que el Señor impartía la absolución, la Virgen hizo una genuflexión e inclinó la cabeza y todos los seres que estaban a su alrededor hicieron lo propio. Jesús se puso de pie, se acercó a la penitente y recién pude ver al sacerdote sentado donde antes estaba Jesús.

El Señor abrazó a la joven y la besó en la mejilla. Luego se dio la vuelta, abrazó al sacerdote y también lo besó en la mejilla. En ese instante, todo se llenó de intensa luz, que desapareció como ascendiendo hacia el techo al mismo tiempo que desaparecía toda la visión y me encontraba yo de nuevo viendo la pared.

Después de haberme regalado esta inusitada experiencia mística me habló el Señor, diciéndome:

- Si ustedes supieran cómo se transforma un alma que ha efectuado una buena confesión, todos los que están cerca de ella la recibirían de rodillas, porque en virtud a la gracia santificante, está llena del Espíritu Santo.

Cuando la joven salió de la confesión, sentí un verdadero deseo de arrodillarme delante de ella, pero la abracé con todo mi amor, pues sabía que estaba abrazando a la persona que antes había abrazado el Señor. Se veía distinta, mucho más joven y muy feliz. Relaté todo a mi director espiritual y permanecimos ambos en oración, dando gracias a Dios.

En la noche el Señor me pidió que me preparase para escribir todo cuanto había visto, en una publicación dedicada al Sacramento de la Misericordia: la Reconciliación, que es el presente texto.

a) MOMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

Dos días después el Señor dijo que continuaríamos con nuestro trabajo y de pronto me vi en una iglesia, frente a un grupo de personas que esperaban su turno para confesarse.

Aparecieron ante mis ojos muchas “sombras”, con figuras que tenían el cuerpo de gente pero las cabezas de animales. Estas enlazaban a una persona que iba hacia el confesionario, con sogas en el cuello y en la frente, mientras le decían algo al oído...

De pronto una de esas sombras se separó discretamente del resto y tomó la forma de una mujer vestida, arreglada de manera muy provocativa, que pasó por delante del hombre que iba a confesarse. Él, distrayéndose, detuvo su mirada en ella. Aquellos seres horribles reían a carcajadas muy complacidos. Un ángel luchaba con las manos tratando de ahuyentar a esas fieras.

Otra de las personas que esperaba confesión, una joven muy humilde, tenía un librito de oraciones entre las manos y se la veía recogida, leyendo y luego meditando... Las sombras se acercaban a cierta distancia pero no podían enlazarla, parecía como si el ángel que la acompañaba fuera más fuerte que aquellas (eso pensé).

Me quedé observando y cuando esta joven terminó de confesarse, ya no estaba más vestida como antes, llevaba un traje largo de color perla, casi blanco, con una diadema de flores en la cabeza, iba rodeada de cuatro ángeles que acompañaban su paso hacia el altar. Tenía el rostro lleno de paz. Allí se arrodilló para rezar, seguramente su penitencia, y los ángeles permanecieron con las manos unidas en actitud orante. Entonces concluyó la visión y volví a ver los muebles de mi casa.

El Señor me dijo:

- Acabas de ver a dos personas acudiendo al sacramento de la Reconciliación. Una que distraídamente y sin previa preparación va hacia el confesionario. En tal circunstancia, cualquier cosa que hagan los malos espíritus, cobra mayor fuerza.

En cambio, la joven estuvo en oración, preparando su confesión, pidiendo asistencia del cielo. Es así como el demonio no pudo acercarse a ella y su ángel guardián pudo obrar mejor en su defensa, puesto que ella lo invocaba.

Luego agregó:

- Todos deberían orar por aquellas personas que van a confesarse, para que hagan una buena confesión, pues podría ser la última de su vida.

Me hizo comprender que todas las personas que permanecían en la iglesia, también podrían ayudar con sus oraciones, intercediendo por el confesor y por aquellos que van a confesarse. Me asombré de que pidiera oraciones en favor del confesor, puesto que días antes yo misma había visto que era Jesús el que perdonaba en lugar del sacerdote.

Luego dijo el Señor:

Por supuesto que necesitan oraciones. También están expuestos a las tentaciones, a las distracciones, al cansancio. Recuerda que son seres humanos.

b) EL PODER DE PERDONAR

Durante la noche, el Señor me instruyó acerca de lo que sucede cuando una persona pide confesión y no se la conceden por negligencia o descuido. Así dijo Jesús:

- Si un alma busca a un sacerdote para confesarse, a menos que sea un caso de fuerza mayor, éste está obligado a escuchar la confesión del fiel, porque si ese pecador muere, inmediatamente, es ingresado en el Paraíso en virtud a su arrepentimiento y deseo de purificación. Yo mismo le doy la absolución.

Pero el sacerdote que se negó a confesarlo por comodidad o negligencia, sin tener un motivo justificable ante Dios, tendrá que responder ante la Justicia divina y dar cuentas de una falta muy grave, tanto como si él mismo fuera culpable de los pecados que se negó a escuchar y perdonar, a menos que haya confesado y enmendado su culpa.

El sacerdote ha recibido dones que no han sido otorgados ni a Mi Madre; está unido a Mí y obra en Mí, por lo tanto merece mucho respeto de parte de las personas que van a buscar el sacramento. Respeto en el trato, en la forma de vestir, en la forma de aceptar sus consejos y la penitencia impuesta.

Por eso les pido oraciones por los sacerdotes, para que fieles a su vocación y a la gracia que se les confiere en Mi propia Persona, (in persona Christi), concedan el perdón y Misericordia a las almas.

Recuerda, hija Mía, que todo tiene un valor relativo en la tierra. Algunas cosas pueden tener un alto valor material y, si una persona las pierde, se queda en la ruina económica..., pero eso es todo. Puede intentar y volver a recuperar todo o al menos algo de lo perdido. Pero si pierde su alma, nada podrá salvarla del fuego eterno.

c) UNA REFLEXIÓN

Hermano, hermana: tú que has llegado a este punto de mi testimonio, ¿te has preguntado, cuánto tiempo hace que no has acudido a una buena y consciente confesión?

Si tuviese que llamarte en este momento el Señor, ¿Crees que te salvarías? ¿Te has dedicado conscientemente a las cosas de Dios, o has sido un cómodo cristiano a medio tiempo, de asistencia dominical a la santa misa, más por costumbre o apariencia que por auténtico fervor? ¿Te has preguntado cuántas almas has ayudado a salvar? ¿Has cuidado siempre de recibir la sagrada Eucaristía estando en gracia del Señor o eres de los que piensan que deben confesarse ante Dios únicamente y no ante un sacerdote?

Mientras lees estas líneas, habrá alguien que estará diciendo una oración por ti, para que en el momento de tu muerte —que llegará indefectiblemente— no estés privado de los auxilios de los Sacramentos; para que con tu partida haya fiesta en el cielo y en la tierra. ¡Para que no sientas temor sino amor y gozo!

¡Abre las puertas de tu corazón a la Gracia y al perdón que todos necesitamos! ¡Pide la asistencia de la Virgen María para vivir desde hoy conforme a la Voluntad del Padre! ⁴.

⁴ Rivas Catalina, *Providencia divina*, pp. 15-17.

ADORACIÓN AL SANTÍSIMO

Un día a la hora acordada, me dirigí a una iglesia muy linda cerca de casa, donde existe una capillita pequeña que tiene la Adoración Perpetua al Santísimo Sacramento.

Para las personas que no saben de qué se trata —ya sea por vivir en lugares apartados, o por estar ellas alejadas de las prácticas piadosas católicas— la Adoración Perpetua consiste en la exposición permanente del Santísimo Sacramento, de día y de noche, de manera tal que la gente haga turnos de Adoración Eucarística en esos Sagrarios, para que Jesús nunca esté solo. Es una maravillosa práctica que debería organizarse en todas las parroquias.

Al aproximarme a la capilla, vi que había mucha más luz de la que usualmente hay y hasta pensé, torpemente, que tal vez habría sido mejor iluminar el lugar con menos luz o con una luz más difusa, para crear un ambiente más íntimo del adorador con el Señor.

También había música, porque desde antes de llegar a la iglesia escuché, primero muy de lejos, y conforme me aproximaba, más fuertemente, las voces de muchísimas personas, como de un coro polifónico —compuesto por niños, mujeres y varones— que entonaban canciones con una melodía que me parecía haber escuchado antes.

Aquella música era muy especial para mí y todo el cuerpo se me estremeció ante el recuerdo, por una fracción de unos segundos, de otro momento vivido con anterioridad.

Las voces se entremezclaban con sonidos de agua que cae como en una cascada, violines, órganos o pianos, arpas y flautas, y unas campanitas que, de cuando en cuando, al cesar unos segundos las voces, tañían con un acorde que se me antojaba como de llamada a misa, quizás por los recuerdos de mi niñez, en las pequeñas ciudades y pueblitos de mi Patria, donde se escuchaban a distintas horas del día, y desde distintos lugares, las convocatorias a la santa misa.

Ya casi en la puerta de ingreso a la capilla, veía como que iba disminuyendo la luz, pero al mismo tiempo el lugar se hacía inexplicablemente más claro...

Al entrar vi a un hombre de mediana edad, de rodillas en un reclinatorio frente a la custodia que contenía la divina hostia. La luz que salía de la Custodia

bañaba todo el lugar, como si de ella salieran rayos de Luz que se abrían cubriendo todos los lugares de aquel santo recinto.

Me puse de rodillas para saludar al Señor, pero casi en seguida me instruyó que me sentara para contemplar silenciosamente aquello que estaba ocurriendo.

Apenas me había arrodillado desapareció el altar y las paredes que estaban detrás de él, y ante mis ojos se abrió el cielo, por decirlo de alguna manera, aunque tal vez con lenguaje demasiado terreno.

En el lugar del altar había un inmenso trono, no puedo precisar ahora si era dorado o plateado, pero sí sé que estaba lleno de luz, y en él reposaba la hermosa Custodia. El trono tenía muchísimas incrustaciones, como de piedras preciosas enormes, que se iluminaban y relucían como si tuvieran luz propia, es decir, como si la luz saliera de adentro.

Agaché la cabeza por un instante, y luego fui levantando la vista. Así pude ver que eran tres asientos unidos los que formaban un mismo trono, y en cada asiento estaba sentado “un Jesús”, o sea, el mismo Señor pero como en triplicado —si es que puedo emplear ese término, a fin de hacerme entender— pues eran tres personas exactamente iguales. Era la Santísima Trinidad.

No había diferencia alguna entre los tres, aparte de la vestimenta: Uno llevaba una hermosa túnica en color blanco, el otro la tenía toda en dorado y el tercero en color rojo. Es difícil describirlo, pero esos eran los tonos que predominaban en las vestiduras, aunque las tres emanaban una resplandeciente luz.

A la derecha del trono estaba la Santísima Virgen, bellísima como nunca, traía las manos unidas en plegaria y el sereno rostro muy radiante. Llevaba una diadema con piedras preciosas de distintos colores, que más parecían luces de colores, como las del trono.

Al lado de la Virgen estaba un hombre muy apuesto y varonil, con barba pequeña y una postura que a la vez que mostraba humildad y serenidad, también denotaba autoridad. Todo aquello irradiaba una dignidad jamás vista. Supe que era San José.

Inmediatamente detrás del Trono había algunos hombres, no alcancé a contarlos, y la verdad es que ni se me ocurrió hacerlo. Luego, mucho más atrás, en una especie de desnivel, se veía a centenares de personas. Nuevamente ante mis ojos estaba todo el cielo. Miles y miles de ángeles. ¡Eran ellos quienes

entonaban los cánticos que había estado escuchando yo al acercarme a la capilla!

Era una música de alabanza que, bien sé, perdurará en mis oídos y en mi espíritu mientras viva, pero que hoy no podría repetir. Y sin embargo, desde aquel día, cada vez que empiezo a alabar al Señor, escucho aquellas voces, que me acompañan todo el tiempo mientras dura mi pobre alabanza.

No sé en qué momento cerré los ojos, pero cuando volví a abrirlos estaba yo postrada en el suelo, en adoración, ante la magnificencia de aquella visión que hasta me había hecho pensar que tal vez estaría muerta.

En un instante desapareció casi todo: sólo se quedó Jesús, con su regia vestimenta de color dorado. Llevaba puesta una preciosa corona, agarraba un cetro de oro en la mano izquierda y pisaba algo así como una nube de color verde.

El Señor me dijo: “Quiero que pidas, en primer lugar, por el sacerdote que hizo posible este encuentro entre tú y Yo, por quien consagró esta Hostia”. Así lo hice.

Luego me dijo: “Pide por las personas que colaboraron al construir este lugar dedicado a estos encuentros. Sí, pide por ellos, porque hay muchas personas que lo hacen con la mayor devoción y ellos reciben mis primeras bendiciones desde este lugar.

Pide por las Parroquias y capillas, en las cuales el responsable y la comunidad aceptaron llevar a cabo las horas de Adoración Eucarística.

Pide por aquellos que cierran su corazón ante mis llamadas... Por quienes combaten a los que vienen hasta Mí. Por quienes mancillan y ofenden Mi Presencia con su falta de respeto, su irreverencia o su poco recato al vestir.

En ese momento volví mi vista hacia donde Jesús miraba y pude ver el Altar Mayor de la iglesia (no el de la capillita donde ahora estaba). Estaba el Santísimo Sacramento expuesto y había bastante gente en el lugar, muchas personas arrodilladas, en oración, pero había otras que, por detrás de los bancos, pasaban frente a Su Trono, conversando entre ellas, comiendo algo, o masticando dulces y gomas de mascar, como si no hubiera nadie.

Algunos hacían un garabato en lugar de la señal de la Cruz, sobre ellos mismos, y otros ni siquiera eso. Se sucedieron una serie de imágenes (de distintas ocasiones) de personas que yo veía sentadas a un lado de donde yo

estaba. Unas cuchicheaban entre ellas, otras estaban con las piernas cruzadas; hombres y mujeres que hablaban entre sí o balanceaban el pie sin descanso, como si estuviesen en una reunión informal.

Desaparecieron de mi vista y enseguida entraron algunas parejas que se sentaron muy juntas entre sí, pero alejadas de las otras parejas. Me quedé azorada de ver cómo tenían manifestaciones de afecto entre ellos, frente al Santísimo Sacramento expuesto. Aquello era una verdadera vergüenza, como si estuviesen en algún lugar reservado para ellos solos.

Nuevamente estos se esfumaron de mi vista y fue peor, porque entraron unas mujeres jóvenes, y otras no tan jóvenes con vestimenta tan poco apropiada, que más parecían yendo a la playa, a una discoteca, o quién sabe a dónde; con partes de su cuerpo descubiertas, como todas esas jovencitas que parecieran no tener padres y que caminan con ropas que tal parece que son dos tallas menos de la que deberían usar y que “dicen” está “de moda”... ¡Cuánta vergüenza y dolor sentí ante el Señor que miraba a todas estas personas con muchísima tristeza!

Sí, sentí dolor, pero al mismo tiempo tuve ganas de sacarlos a empujones de allá, como otras veces me ha pasado, cuando casualmente asisto a alguna celebración de matrimonio, misas de Promociones o de damitas que cumplen quince años.

En muchas de esas ocasiones he sentido vergüenza ajena al ver la forma de entrar al Templo de algunas invitadas a dichos eventos. ¡Como si costara mucho el ponerse un chal sobre los hombros para tapar los escotes y desnudez de los hombros y brazos durante los pocos minutos que permanecerán en la iglesia!

Finalmente, mientras esperan que empiece la celebración, todos se ponen a conversar como si estuviesen realmente en plena recepción, y el silencio que debería haber en la Casa del Señor se pierde, y con él, todo asomo de la preparación espiritual que supone cada una de estas ceremonias.

Volví los ojos hacia Jesús y con lágrimas le pedí perdón, por esas personas que le ocasionaban dolor y por nosotros, los que supuestamente somos “conscientes” del lugar donde estamos, pero nos mostramos cobardes para educar a nuestros semejantes. Me sentí avergonzada por aquellos sentimientos de furia que también cruzaron por mi mente.

Algunas semanas después de la primera visión, una noche que llovía mucho y me quedé acompañando al Señor, se iluminó más el altar donde estaba

la Custodia, como si entraran rayos de sol por alguna ventana. No podía ser un relámpago, porque de serlo habría durado muy poco y ésta permanecía brillando. Acababa de sentarme, pero al ver la luz volví a ponerme de rodillas en el reclinatorio.

Entonces vi dos ángeles enormes, con grandes alas. Estaban de rodillas y con las manos juntas a los lados de la Custodia en la que se encontraba Jesús en la Eucaristía. Sus ropajes de un color plata muy claro parecían de una textura aterciopelada.

Eran tan bellos y tan majestuosos que su presencia me hizo comprender que esas criaturas están en el cielo en Presencia de Dios, como otros tantos espejos en los cuales la pureza infinita del Señor se refleja. Ese Dios de Amor, goza de que los Ángeles sean semejantes a él, porque su semejanza es reverberación de la purísima luz de su Espíritu.

No sabía lo que me estaba pasando, como me ha sucedido otras veces. Era como si hubiera leído muy rápidamente algún libro, como si hubieran introducido una luz en mi mente. Por decirlo de alguna manera, “supe” que la luz angélica es pureza del eterno Dios, dada a los espíritus celestiales para Su gozo y para el inmenso gozo de estas criaturas.

En el caso de los ángeles custodios, su trabajo agrada a Dios, porque por medio de él nos llevan gustosamente a la claridad del Amor celestial, poseído por ellos en diversos grados, pero en absoluta y total pureza. Sin embargo, nosotros no seguimos su obra, al contrario, muchas veces la obstaculizamos con no pocas y variadas oscuridades de pecados.

En aquel momento desaparecieron los ángeles y sentí la necesidad de agradecer a Jesús por mi ángel custodio, a quien verdaderamente amo y de quien siento en todo momento la poderosa ayuda e intercesión.

Comenzó nuevamente esa música mezclada con campanitas y caídas de agua, y esa melodía, en lugar de distraerme, me fue adentrando en la contemplación de mi oración y diálogo con el Señor. Aquello duró todo el tiempo de mi encuentro con Jesús y sé que el mensaje fue: “Los coros de ángeles nos acompañan cuando estamos en adoración”.

Esa noche Jesús dulcemente me instruyó sobre los beneficios de recibirlo en la santa comunión en la forma debida, y conforme iba hablando, más sentía aquella hoguera de gratitud dentro de mí.

En ese momento pude ver, a lo lejos, una persona que se acercaba hacia la Capilla del Santísimo Sacramento, pero no iba sola, había cuatro Ángeles, uno delante, otro detrás y dos a los costados de ella. Los de los lados y el de atrás estaban rodeados de una luz plateada y el que caminaba (o más bien se deslizaba) delante de la persona, iba envuelto en luces doradas. “Ese es el Ángel Custodio” me aclaró la voz de Jesús.

En ese instante entendí por qué decía que “nos dejemos llevar ante su Presencia por los ángeles”. Son ellos los que nos están invitando permanentemente a visitar a Jesús Sacramentado, y cuando escuchamos sus invitaciones, ellos mismos nos acompañan.

Muchas veces, cuando acabo de recibir a Jesús en la santa comunión, pienso en que no sé cómo aún estoy viva, cómo no me he muerto ante la maravilla de tener la certeza de que estoy unida de esa manera a mi Dios y Señor, al Ser que amo por sobre todas las cosas, a Aquel que me ama con un amor sin límites, al punto de perdonarme una y otra vez todas las ofensas y omisiones de mi vida cotidiana.

Entonces sube una oleada de amor que me envuelve y hace que repita: “Yo te amo con todo mi ser, gracias Jesús, gracias mi Señor.”

En ese momento deseas que nadie te hable, que nadie se acerque, que nadie diga nada: sólo permanecer unida a Jesús esperando una palabra Suya, un nuevo gesto, un suspiro, o un silencio que lo dice todo a gritos...

En varias ocasiones, lo único que he repetido en mi tiempo de adoración ha sido la oración que el ángel dio en Fátima a los tres pastorcitos: “Oh Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, te adoro profundamente. Yo te ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los Sagrarios del mundo, en reparación por los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que se le ofende. Y por los méritos infinitos de Su Sacratísimo Corazón, y por el Corazón Inmaculado de María, yo te pido la conversión de los pobres pecadores. Amen”⁵.

PROMESAS A LOS DEVOTOS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Al atardecer de un día jueves, en una capilla, un sacerdote dirigía la Adoración Eucarística con sus fieles. Había bastante gente en la iglesia. Yo miraba desde afuera y veía salir un globo con luces rojas y blancas, que rodeaba toda la periferia de la capilla, iba rezando la gente con el sacerdote y esas luces,

⁵ Rivas Catalina, *En adoración*, pp. 19-26; 38-42.

como en ondas expansivas, iban extendiéndose un bloque o manzana más y luego otra más, y otra...

Miré en otra dirección y pude ver dos capillas, relativamente cerca la una de la otra, de cada una de ellas salían estas ondas de color blanco y rojo y se extendían hasta juntarse con las que salían de la otra capilla.

“¡Dios mío! —pensé— esa es la forma de proteger una ciudad y a toda su comunidad”.

Jesús vino en mi auxilio y me dijo: “escribe estas promesas que hoy te digo:

Yo prometo al alma que me visite con frecuencia en este Sacramento del Amor, que la recibiré cariñosamente junto a todos los Bienaventurados y ángeles del cielo; que cada visita suya será escrita en el Libro de su Vida y le concederé:

1) Todas las peticiones que sean presentadas ante el Altar de Dios en favor de la iglesia, el Papa y las almas consagradas.

2) La anulación del poder de satanás sobre su persona y sus seres queridos.

3) La protección especial en casos de terremotos, huracanes y otros desastres naturales, que de otro modo le afectarían.

4) Será apartada amorosamente del mundo y de sus atractivos, que son causa de perdición.

5) La elevación del alma, deseando alcanzar la santificación, en vistas a la contemplación eterna de mi rostro.

6) El alivio de las penas del Purgatorio de sus seres queridos.

7) Mi bendición para todos los proyectos materiales y espirituales que emprenda, si son para el bien de la propia alma.

8) Recibir mi visita, en compañía de mi Madre, en el momento de su muerte.

9) Escuchar y atender las necesidades de las personas por las cuales pida.

10) La intercesión de los santos y de los ángeles a la hora de la muerte, para disminuir la pena temporal.

11) Que mi Amor suscite santas vocaciones consagradas a Dios entre sus seres queridos y amigos.

12) El alma que conserve una verdadera devoción a mi Presencia en la Eucaristía no se condenará, no morirá sin los Sacramentos de la iglesia.

A los sacerdotes y religiosas que propaguen la devoción a la Adoración, les otorgaré muchas gracias especiales, el reconocimiento total de sus pecados y

la gracia para enmendarse. Les ayudaré a formar comunidades de fieles devotos y santos, y alcanzarán muchos privilegios.

Prometo estas cosas a todas las personas, con sólo dos condiciones que son el fruto del genuino amor hacia mi Presencia Real en la Eucaristía, y que son absolutamente imprescindibles para hacer realidad en sus vidas mis promesas:

- a) Que luchen por conservar la dignidad en Mis Altares.*
- b) Que sean misericordiosas con su prójimo ⁶.*

SANTO DIOS, SANTO FUERTE, SANTO INMORTAL

Hace cuatro años le pedí al Señor que, si era su Voluntad, me recogiera en un día en que la iglesia festeja a la divina misericordia y a la hora exacta de las tres de la tarde, donde fuera que yo me encontrara, claro está. He vivido antes algunas experiencias ese día y a esa hora, pero hoy quiero relatar una.

Para ese día, procuro estar bien confesada, preparo documentos, arreglo mis cosas, roperos y todo antes de ese día. Esta vez no fue distinto, salvo el inmenso consuelo de que nuestro padre fundador, por motivos de salud se encontraba entre nosotros. Celebró la santa misa, aún convaleciente, a las dos y treinta de la tarde.

Cuando estábamos en el ofertorio, cerré los ojos entregando a mi ángel mi ofrenda a fin de que la lleve hasta el altar, pero una luz iluminó mis ojos y mi mente, volví a abrir los ojos y vi a Jesús, es decir el contorno de Jesús, la silueta del Señor de la divina misericordia y los rayos que salían de Su pecho y que me alumbraba fuertemente; tuve un leve sobresalto que fue notado por el padre Renzo, quien más tarde me lo dijo.

Vi al Padre celestial y alcancé a percibir sus ojos, unos ojos enormes, como los de mi Jesús, pero con una mirada de ternura: sabia, madura, amorosa, como invitándome a confiar y a no temerle. Esa mirada “sonreía”, no podía ver nada más, todo era luz, pero aquellos ojos, más bien aquella mirada, la veía claramente. Repetí junto a muchas voces; “Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros y del mundo entero”, lo repetimos por tres veces.

⁶ Rivas Catalina, *En adoración*, pp. 66-67.

Una voz muy dulce, que reconocí en seguida como la de mi Madrecita Santa, dijo: “Santo Dios”... y mis ojos se fueron hacia Papá Dios, luego repitió la Virgen: “Santo Fuerte”, y mis ojos se fueron hacia el Ser vestido de fuego (el Espíritu Santo), y cuando la Virgen dijo; “Santo Inmortal”, mis ojos buscaron a Jesús. ¡Eso era: Dios Padre es el Santo, el Fuerte es el Espíritu Santo y el Inmortal, el que Ha vencido a la muerte es Jesús...!

Apenas terminó la celebración pedí que rezáramos la Coronilla de la Divina Misericordia frente a Jesús Sacramentado y cuando repetía la oración del “Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros y del mundo entero”, escuchaba o sentía dentro de mí que muchas voces se unían a nosotros para acompañarnos. Eran las almas de los que iban a morir ese día y esperaban una oración por ellas.

Les he contado esto porque deseo pedir a todos los que buenamente puedan acompañarme en este apostolado por los moribundos, que cada vez que se acuerden, repitan esta oración, (santo Dios), presentando al Señor a todos los que van a morir en el transcurso de ese día, para que la gracia y la misericordia de Dios los alcance en el momento de su muerte, y puedan unirse a esas plegarias nuestras, por medio de nuestros ángeles y de sus ángeles custodios, a quienes pediremos que se las digan al oído de los moribundos, de manera que ellos repitan, aunque sólo sea una vez, la oración y así puedan salvarse ⁷.

BESOS PARA JESÚS

Sor NN me dice que puedo darle un beso a la hostia que luego será consagrada para ponerla en el sagrario. Me dice: "Así, cuando llegue Él, lo primero que encontrará será tu beso..." Yo lo hago con todo amor, el primer beso en un brazo por mí, el segundo por mi familia en el otro brazo y el tercero por todos mis hermanos de los Centros María Reina de la Paz. Luego, cuando el sacerdote coloca el Santísimo en el Sagrario, Sor X me mira de reojo. Con una emoción inmensa digo: ¡Gracias por dejarme besarte, mi Dios! Él me respondió:

Tú besaste mi cuerpo y yo besé tu alma en la comunión. Y le dijo:

“Déjame quedarme contigo, allá encerrada en el sagrario para darte millones de besos todos estos días” ⁸.

VALOR DE UNA MISA

⁷ Rivas Catalina, *En adoración*, pp. 58-61.

⁸ Rivas Catalina, *Manantiales de misericordia*, p. 94.

La santa misa soy Yo mismo, prolongando mi vida y mi sacrificio de la Cruz entre ustedes. Sin los méritos de mi vida y mi sangre, ¿Qué tienen ante Dios Padre? La nada y el pecado.

Hija mía, comprende que la misa es la única obra en la tierra que glorifica a Dios en toda Su Majestad. Una misa que sea celebrada por el sacerdote más joven y sencillo en el lugar más humilde y escondido, da más gloria a mi Padre que las alabanzas y las oraciones de todos los fieles (millones de personas en la tierra) y más aún que el mérito de los millones de mártires que han dado su vida y aún más que todas las virtudes que puedan practicarse desde el principio al fin de la humanidad.

Recuerda que una sola misa, da más gloria al Altísimo de la que pueden dar las alabanzas de los coros de ángeles por los siglos... Es que no Me ama del todo quien pudiendo, no oye misa seguido. ¿Cómo amarme si la misa soy Yo? Es Mi cuerpo, Mi sangre. ¡Mi alma inseparable de Mi cuerpo y Mi sangre...!

La misa es Mi divinidad. Soy Yo el sacerdote principal que celebra la misa. Me ofende quien no la celebra limpio. Soy Yo la verdadera víctima que se ofrece como en el Calvario. El corazón da la vida, un cuerpo no puede vivir sin él. Del mismo modo, el corazón que da vida a la iglesia, es la santa misa.

Relaciona: el sol al apagarse, quitaría toda vida de la tierra. Si se quita de la iglesia la Eucaristía, morirían todas sus actividades. Ese es el pequeño grano de mostaza que extiende sus raíces: la Eucaristía... Por ello debe la iglesia cuidar la práctica diaria de la Eucaristía. No es posible amar a mi Madre sin amar la Eucaristía. El rosario es una diadema de perlas en la cabeza de mi madre, pero todo eso junto, es como una pequeñita flor del campo, comparado con una misa. Ni visitando todos los santuarios del mundo merecerías más que participando de una misa ⁹.

VISIONES SOBRE LA MISA

Al momento del gloria, pedí: Señor, libérame de todo espíritu malo, mi corazón te pertenece. Señor mío, envíame tu paz para conseguir el mejor provecho de esta Eucaristía y que mi vida dé sus mejores frutos. Espíritu Santo de Dios, transfórmame, actúa en mí, guíame ¡Oh Dios, dame los dones que necesito para servirte mejor...!

⁹ Rivas Catalina, *Arca de la Nueva Alianza*, p. 115.

Llegó el momento de la **Liturgia de la Palabra** y la Virgen me hizo repetir: “Señor, hoy quiero escuchar Tu Palabra y producir fruto abundante, que Tu Santo Espíritu limpie el terreno de mi corazón, para que Tu Palabra crezca y se desarrolle, purifica mi corazón para que esté bien dispuesto”.

Me dijo: **Quiero que estés atenta a las lecturas y a toda la homilía del sacerdote. Recuerda que la Biblia dice que la Palabra de Dios no vuelve sin haber dado fruto. Si tú estás atenta, va a quedar algo en ti de todo lo que escuches. Debes tratar de recordar todo el día esas Palabras que dejaron huella en ti. Serán dos frases unas veces, luego será la lectura del Evangelio entera, tal vez solo una palabra, paladear el resto del día y eso hará carne en ti porque esa es la forma de transformar la vida, haciendo que la Palabra de Dios lo transforme a uno.**

Y ahora, dile al Señor que estás aquí para escuchar lo que quieres que Él diga hoy a tu corazón.

En el ofertorio la santísima Virgen dijo “reza así: (y yo la seguía) Señor, te ofrezco todo lo que soy, lo que tengo, lo que puedo, todo lo pongo en Tus manos. Edifica tú, Señor, con lo poco que soy. Por los méritos de tu Hijo, transfórmame, Dios Altísimo.

De pronto empezaron a ponerse de pie unas personas que no había visto antes. Era como si del lado de cada persona que estaba en la Catedral, saliera otra persona y aquello se llenó de unos personajes jóvenes, hermosos. Iban vestidos con túnicas muy blancas y fueron saliendo hasta el pasillo central dirigiéndose hacia el altar.

Dijo nuestra Madre: *Observa, son los ángeles de la guarda de cada una de las personas que están aquí. Es el momento en que su ángel de la guarda lleva sus ofrendas y peticiones ante el altar del Señor.*

En aquel momento, estaba completamente asombrada, porque esos seres tenían rostros tan hermosos, tan radiantes como no puede uno imaginarse. Lucían unos rostros muy bellos, casi femeninos, sin embargo la complexión de su cuerpo, sus manos, su estatura era de hombre. Los pies desnudos no pisaban el suelo, sino que iban como deslizándose, como resbalando. Aquella procesión era muy hermosa.

Algunos de ellos tenían como una fuente de oro con algo que brillaba con una luz blanca-dorada, dijo la Virgen: *Son los ángeles de la guarda de las personas que están ofreciendo esta santa misa por muchas intenciones, aquellas*

personas que están conscientes de lo que significa esta celebración, aquellas que tienen que ofrecer al Señor.

Ofrezcan en este momento, ofrezcan sus penas, sus dolores, sus ilusiones, sus tristezas, sus alegrías, sus peticiones. Recuerden que la misa tiene un valor infinito por lo tanto, sean generosos en ofrecer y en pedir.

Detrás de los primeros ángeles venían otros que no tenían nada en las manos, las llevaban vacías. Dijo la Virgen: Son los ángeles de las personas, que estando aquí, no ofrecen nunca nada. No tienen interés en vivir cada momento litúrgico de la Misa y no tienen ofrecimientos que llevar ante el altar del Señor.

En último lugar iban otros ángeles que estaban medio tristes, con las manos juntas en oración pero con la mirada baja. Son los ángeles de la guarda de las personas que estando aquí, no están, es decir, de las personas que han venido forzadas, que han venido por compromiso, pero sin ningún deseo de participar de la santa misa y los ángeles van tristes porque no tienen nada que llevar ante el altar, salvo sus propias oraciones.

No entristezcan a su ángel de la guarda... Pidan mucho, pidan por la conversión de los pecadores, por la paz del mundo, por sus familiares, sus vecinos, por quienes se encomiendan a sus oraciones. Pidan, pidan mucho, pero no solo por ustedes, sino por los demás.

Recuerden que el ofrecimiento que más agrada al Señor es cuando se ofrecen ustedes mismos como holocausto, para que Jesús, al bajar, los transforme por sus propios méritos. ¿Qué tienen que ofrecer al Padre por sí mismos? La nada y el pecado, pero al ofrecerse unidos a los méritos de Jesús, aquel ofrecimiento es grato al Padre.

Aquel espectáculo, aquella procesión era tan hermosa que difícilmente podría compararse a otra. Todas aquellas criaturas celestiales haciendo una reverencia ante el altar, unas dejando su ofrenda en el suelo, otras postrándose de rodillas con la frente casi en el suelo y luego que llegaban allá desaparecían de mi vista.

*Llegó el momento **final del prefacio** y cuando la asamblea decía: Santo, Santo, Santo, de pronto todo lo que estaba detrás de los celebrantes desapareció. Del lado izquierdo del señor arzobispo hacia atrás en forma diagonal aparecieron miles de ángeles pequeños, ángeles grandes, ángeles con las alas inmensas, ángeles con alas pequeñas, ángeles sin alas, como los anteriores; todos vestidos con unas túnicas como las albas blancas de los sacerdotes o los monaguillos.*

Todos se arrodillaban con las manos unidas en oración y en reverencia inclinaban la cabeza. Se escuchaba una música preciosa, como si fueran muchísimos coros con distintas voces y todos decían al unísono junto con el pueblo: **Santo, Santo, Santo...**

Había llegado el momento de la **Consagración**, el momento del más maravilloso de los milagros... Del lado derecho del arzobispo hacia atrás en forma también diagonal, una multitud de personas, iban vestidas con la misma túnica pero en colores pastel, rosa, verde, celeste, lila, amarillo; en fin, de distintos colores muy suaves. Sus rostros también eran brillantes, llenos de gozo, parecían tener todos la misma edad. Se podía apreciar (y no puedo decir por qué) que había gente de distintas edades, pero todos parecían igual en las caras, sin arrugas, felices. Todos se arrodillaban también ante el canto de *Santo, Santo, Santo, es el Señor...*

Dijo nuestra Señora: *Son todos los santos y bienaventurados del cielo y entre ellos, también están las almas de los familiares de ustedes que gozan ya de la Presencia de Dios.* Entonces la vi. Allá justamente a la derecha del arzobispo... un paso detrás del celebrante, estaba un poco suspendida del suelo, arrodillada sobre unas telas muy finas, transparentes pero a la vez luminosas, como agua cristalina, la santísima Virgen, con las manos unidas, mirando atenta y respetuosamente al celebrante. Me hablaba desde allá, pero silenciosamente, directamente al corazón, sin mirarme.

¿Te llama la atención verme un poco más atrás de Monseñor, verdad? Así debe ser... Con todo lo que me ama mi Hijo, no me ha dado la dignidad que da a un sacerdote de poder traerlo entre Mis manos diariamente, como lo hacen las manos sacerdotales. Por ello siento tan profundo respeto por un sacerdote y por todo el milagro que Dios realiza a través suyo, que me obliga a arrodillarme aquí.

¡Dios mío, cuánta dignidad, cuánta gracia derrama el Señor sobre las almas sacerdotales y ni nosotros, ni tal vez muchos de ellos estamos conscientes!

Delante del altar, empezaron a salir unas sombras de personas en color gris que levantaban las manos hacia arriba. Dijo la Virgen santísima: *Son las almas benditas del purgatorio que están a la espera de las oraciones de ustedes para refrescarse. No dejen de rezar por ellas. Piden por ustedes, pero no pueden pedir por ellas mismas, son ustedes quienes tienen que pedir por ellas para ayudarlas a salir para encontrarse con Dios y gozar de Él eternamente.*

Ya lo ves, aquí estoy todo el tiempo... La gente hace peregrinaciones y busca los lugares de Mis apariciones, y está bien por todas las gracias que allá

se reciben, pero en ninguna aparición, en ninguna parte estoy más tiempo presente que en la santa misa. Al pie del altar donde se celebra la eucaristía, siempre me van a encontrar; al pie del sagrario permanezco yo con los ángeles, porque estoy siempre con Él.

Ver ese rostro hermoso de la Madre en aquel momento del *Santo*, al igual que todos ellos, con el rostro resplandeciente, con las manos juntas en espera de aquel milagro que se repite continuamente, era estar en el mismo cielo.

El celebrante dijo las palabras de la **Consagración**. Era una persona de estatura normal, pero de pronto empezó a crecer, a volverse lleno de luz, una luz sobrenatural entre blanca y dorada lo envolvía y se hacía muy fuerte en la parte del rostro, de modo que no podía ver sus rasgos. Cuando levantaba la forma vi sus manos y tenían unas marcas en el dorso de las cuales salía mucha luz. ¡Era Jesús!... Era Él que con su Cuerpo envolvía el del celebrante como si rodeara amorosamente las manos del señor arzobispo. En ese momento la hostia comenzó a crecer y crecer enorme y en ella, el rostro maravilloso de Jesús mirando hacia Su pueblo.

Por instinto quise bajar la cabeza y dijo nuestra Señora: No agaches la mirada, levanta la vista, contéplalo, cruza tu mirada con la suya y repite la oración de Fátima: *Señor, yo creo, adoro, espero y te amo, te pido perdón por aquellos que no creen, no adoran, no esperan y no te aman. Perdón y Misericordia... Ahora dile cuánto lo amas, rinde tu homenaje al Rey de Reyes.*

Se lo dije, parecía que sólo a mí me miraba desde la enorme hostia, pero supe que así contemplaba a cada persona, lleno de amor... Luego bajé la cabeza hasta tener la frente en el suelo, como hacían todos los ángeles y bienaventurados del cielo. Por fracción de un segundo tal vez, pensé qué era aquello. Jesús tomaba el cuerpo del celebrante y al mismo tiempo estaba en la hostia que al bajarla el celebrante se volvía nuevamente pequeña. Tenía yo las mejillas llenas de lágrimas, no podía salir de mi asombro.

Inmediatamente Monseñor dijo las palabras consagradorias del vino y junto a sus palabras, empezaron unos relámpagos en el cielo y en el fondo. No había techo de la iglesia ni paredes, estaba todo oscuro solamente aquella luz brillante en el altar.

De pronto suspendido en el aire, vi a Jesús, crucificado, de la cabeza a la parte baja del pecho. El tronco transversal de la cruz estaba sostenido por unas manos grandes, fuertes. De en medio de aquel resplandor se desprendió una lucecita como de una paloma muy pequeña muy brillante, dio una vuelta velozmente a toda la iglesia y se fue a posar en el hombro izquierdo del señor

arzobispo que seguía siendo Jesús, porque podía distinguir su melena y sus llagas luminosas, su cuerpo grande, pero no veía su rostro.

Arriba, Jesús crucificado estaba con el rostro caído sobre el lado derecho del hombro. Podía contemplar el rostro y los brazos golpeados y descarnados. En el costado derecho tenía una herida en el pecho y salía sangre a borbotones, hacia la izquierda, y hacia la derecha, era agua pero muy brillante; eran chorros de luz que iban dirigiéndose hacia los fieles moviéndose a derecha e izquierda. ¡Me asombraba la cantidad de sangre que fluía hacia el cáliz. Pensé que iba a rebalsar y manchar todo el altar, pero no cayó una sola gota!

Dijo la Virgen en ese momento: *Este es el milagro de los milagros, te lo he repetido, para el Señor no existe ni tiempo ni distancia y en el momento de la consagración, toda la asamblea es trasladada al pie del Calvario en el instante de la crucifixión de Jesús.*

¿Puede alguien imaginarse eso? Nuestros ojos no lo pueden ver, pero todos estamos allá, en el momento en que a Él lo están crucificando y está pidiendo perdón al Padre, no solamente por quienes lo matan, sino por cada uno de nuestros pecados: *¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!*

Cuando íbamos a rezar el *Padrenuestro*, habló el Señor por primera vez durante la celebración y dijo: *Quiero que ores con la mayor profundidad que seas capaz y que en este momento, traigas a tu memoria a la persona o a las personas que más daño te hayan ocasionado durante tu vida, para que las abracés junto a tu pecho y les digas de todo corazón: “En el Nombre de Jesús yo te perdono y te deseo la paz. En el Nombre de Jesús te pido perdón y deseo mi paz. Si esa persona merece la paz, la va a recibir y le hará mucho bien; si esa persona no es capaz de abrirse a la paz, esa paz volverá a tu corazón. Pero no quiero que recibas y des la paz a otras personas cuando no eres capaz de perdonar y sentir esa paz primero en tu corazón”.*

Ustedes repiten en el padrenuestro: perdónanos así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Si ustedes son capaces de perdonar y no olvidar, como dicen algunos, están condicionando el perdón de Dios. Están diciendo perdóname únicamente como yo soy capaz de perdonar, no más allá.

No sé cómo explicar mi dolor, al comprender cuánto podemos herir al Señor y cuánto podemos lastimarnos nosotros mismos con tantos rencores, sentimientos malos y cosas feas que nacen de los complejos y de las susceptibilidades. Perdoné, perdoné de corazón y pedí perdón a todos los que yo había lastimado alguna vez, para sentir la paz del Señor.

El celebrante decía: **la paz del Señor** esté con todos ustedes...

De pronto vi que en medio de algunas personas que se abrazaban (no todos), se colocaba en medio una luz muy intensa, supe que era Jesús y me abalancé prácticamente a abrazar a la persona que estaba a mi lado. Pude sentir verdaderamente el abrazo del Señor en esa luz, era Él que me abrazaba para darme Su paz, porque en ese momento había sido yo capaz de perdonar y de sacar de mi corazón todo dolor contra otras personas. Eso es lo que Jesús quiere, compartir ese momento de alegría abrazándonos para desearnos su paz.

Llegó el momento de la **comunión** de los celebrantes, ahí volví a notar la presencia de todos los sacerdotes junto a Monseñor. Cuando él comulgaba, dijo la Virgen: *Este es el momento de pedir por el celebrante y los sacerdotes que lo acompañan, repite junto a Mí: Señor, bendícelos, santifícalos, ayúdalos, purifícalos, ámalos, cuídalos, sostenlos con tu Amor... Recuerden a todos los sacerdotes del mundo, oren por todas las almas consagradas...*

Empezó la gente a salir de sus bancas para ir a comulgar. Había llegado el gran momento del encuentro, de la *comunión*, el Señor me dijo: *Espera un momento, quiero que observes algo...* Por un impulso interior levanté la vista hacia la persona que iba a recibir la comunión en la lengua de manos del sacerdote.

Debo aclarar que esta persona era una de las señoras de nuestro grupo que la noche anterior no había alcanzado a confesarse, y lo hizo recién esa mañana, antes de la santa misa. Cuando el sacerdote colocaba la sagrada hostia sobre su lengua, como un flash de luz, aquella luz muy dorada-blanca atravesó a esta persona por la espalda primero y luego fue bordeándola en la espalda, los hombros y la cabeza. Dijo el Señor: *¡Así es como yo me complazco en abrazar a un alma que viene con el corazón limpio a recibirme!*

El matiz de la voz de Jesús era de una persona contenta. Yo estaba atónita mirando a esa amiga volver hacia su asiento rodeada de luz, abrazada por el Señor, y pensé en la maravilla que nos perdemos tantas veces por ir con nuestras pequeñas o grandes faltas a recibir a Jesús, cuando tiene que ser una fiesta.

Cuando me dirigía a recibir la comunión, Jesús repetía: *La última cena fue el momento de mayor intimidad con los míos. En esa hora del amor, instauré lo que ante los ojos de los hombres podría ser la mayor locura, hacerme prisionero del Amor. Instauré la Eucaristía. Quise permanecer con ustedes hasta la consumación de los siglos, porque mi Amor no podía soportar que quedaran huérfanos aquellos a quienes amaba más que a mi vida...*

Recibí aquella hostia, que tenía un sabor distinto, era una mezcla de sangre e incienso que me inundó entera. Sentía tanto amor que las lágrimas me corrían sin poder detenerlas...

Cuando llegué a mi asiento, al arrodillarme dijo el Señor: “Escucha...” Y en un momento comencé a escuchar dentro de mí las oraciones de una señora que estaba sentada delante de mí y que acababa de comulgar.

Lo que ella decía sin abrir la boca era más o menos así: “Señor, acuérdate que estamos a fin de mes y que no tengo el dinero para pagar la renta, la cuota del auto, los colegios de los chicos, tienes que hacer algo para ayudarme... Por favor, haz que mi marido deje de beber tanto, no puedo soportar más sus borracheras y mi hijo menor, va a perder el año otra vez si no lo ayudas, tiene exámenes esta semana... Y no te olvides de la vecina que debe mudarse de casa, que lo haga de una vez porque ya no la puedo aguantar... etc., etc.”

De pronto el señor arzobispo dijo: “Oremos” y obviamente toda la asamblea se puso de pie para la oración final. Jesús dijo con un tono triste: “¿Te has dado cuenta? Ni una sola vez me ha dicho que me ama, ni una sola vez ha agradecido el don que Yo le he hecho de bajar mi divinidad hasta su pobre humanidad, para elevarla hacia Mí. Ni una sola vez ha dicho: gracias, Señor. Ha sido una letanía de pedidos... y así son casi todos los que vienen a recibirme.”

“Yo he muerto por amor y estoy resucitado. Por amor espero a cada uno de ustedes y por amor permanezco con ustedes..., pero ustedes no se dan cuenta que necesito de su amor. Recuerda que Soy el mendigo del amor en esta hora sublime para el alma”.

¿Se dan cuenta ustedes de que Él, el Amor, está pidiendo nuestro amor y no se lo damos? Es más, evitamos ir a ese encuentro con el Amor de los Amores, con el único amor que se da en oblación permanente.

Cuando el celebrante iba a impartir la Bendición, la Santísima Virgen dijo: “Atenta, cuidado... Ustedes hacen un garabato en lugar de la señal de la Cruz. Recuerda que esta bendición puede ser la última que recibas en tu vida, de manos de un sacerdote. Tú no sabes si saliendo de aquí vas a morir o no y no sabes si vas a tener la oportunidad de que otro sacerdote te de una bendición. Esas manos consagradas te están dando la bendición en el Nombre de la Santísima Trinidad, por lo tanto, haz la señal de la Cruz con respeto y como si fuera la última de tu vida.”

¡Cuántas cosas nos perdemos al no entender y al no participar todos los días de la santa misa! ¿Por qué no hacer un esfuerzo de empezar el día media hora antes para correr a la santa misa y recibir todas las bendiciones que el Señor quiere derramar sobre nosotros?

Estoy consciente de que no todos, por sus obligaciones pueden hacerlo diariamente, pero al menos dos o tres veces por semana, y sin embargo tantos esquivan la misa del domingo con el pequeño pretexto de que tienen un niño chico o dos o diez y por lo tanto no pueden asistir a misa... ¿Cómo hacen cuando tienen otro tipo de compromisos importantes? Cargan con todos los niños o se turnan y el esposo va a una hora y la esposa a otra hora, pero cumplen.

Tenemos tiempo para estudiar, para trabajar, para divertirnos, para descansar, pero NO TENEMOS TIEMPO PARA IR AL MENOS EL DOMINGO A LA SANTA MISA.

Jesús me pidió que me quedara con Él unos minutos más luego de terminada la misa. Dijo:

“No salgan a la carrera terminada la misa, quédense un momento en Mi Compañía, disfruten de ella y déjenme disfrutar de la de ustedes...”

Había oído a alguien de niña decir que el Señor permanecía en nosotros como 5 ó 10 minutos luego de la comunión. Se lo pregunté en ese momento:

– “Señor, verdaderamente, ¿cuánto tiempo te quedas luego de la comunión con nosotros?”

Supongo que el Señor se debió reír de mi tontera porque contestó: “Todo el tiempo que tú quieras tenerme contigo. Si me hablas todo el día, dedicándome unas palabras durante tus quehaceres, te escucharé. Yo estoy siempre con ustedes, son ustedes los que me dejan a mí. Salen de la misa y se acabó el día de guardar, cumplieron con el día del Señor y se acabó, no piensan que me gustaría compartir su vida familiar con ustedes, al menos ese día”.

“Ustedes en sus casas tienen un lugar para todo y una habitación para cada actividad: un cuarto para dormir, otro para cocinar, otro para comer, etc. etc. ¿Cuál es el lugar que han hecho para mí? Debe ser un lugar no solamente donde tengan una imagen que está empolvada todo el tiempo, sino un lugar donde al menos 5 minutos al día la familia se reúna para agradecer por el día,

por el don de la vida, para pedir por sus necesidades del día, pedir bendiciones, protección, salud... Todo tiene un lugar en sus casas, menos yo”.

“Los hombres programan su día, su semana, su semestre, sus vacaciones, etc. Saben qué día van a descansar, qué día ir al cine o a una fiesta, a visitar a la abuela o los nietos, los hijos, a los amigos, a sus diversiones. ¿Cuántas familias dicen una vez al mes al menos: “Este es el día en que nos toca ir a visitar a Jesús en el Sagrario” y viene toda la familia a conversar conmigo, a sentarse frente a mí y conversarme, contarme cómo les fue durante el último tiempo, contarme los problemas, las dificultades que tienen, pedirme lo que necesita y hacerme partícipe de sus cosas? ¿Cuántas veces?”.

“Yo lo sé todo, leo hasta en lo más profundo de sus corazones y sus mentes, pero me gusta que me cuenten ustedes sus cosas, que Me hagan partícipe como a un familiar, como al más íntimo amigo. ¿Cuántas gracias se pierde el hombre por no darme un lugar en su vida!”.

Y siguió diciendo: “La santa misa Soy Yo mismo prolongando mi vida y Mi sacrificio en la Cruz entre ustedes. Sin los méritos de Mi vida y de Mi Sangre, ¿qué tienen para presentarse ante el Padre? La nada, la miseria y el pecado...”

“Ustedes deberían exceder en virtud a los ángeles y Arcángeles, porque ellos no tienen la dicha de recibirme como alimento, ustedes sí. Ellos beben una gota del manantial, pero ustedes que tienen la gracia de recibirme, tienen todo el océano para beberlo”.

La otra cosa de la que habló con dolor el Señor fue de las personas que hacen un hábito de su encuentro con Él. De aquellas que han perdido el asombro de cada encuentro con Él. Que la rutina vuelve a ciertas personas tan tibias que no tienen nada nuevo que decirle a Jesús al recibirlo. De no pocas almas consagradas que pierden el entusiasmo de enamorarse del Señor y hacen de su vocación un oficio, una profesión a la que no se le entrega más que lo que exige de uno, pero sin sentimiento...

Luego el Señor me habló de los frutos que debe dar cada comunión en nosotros. Es que sucede que hay gente que recibe al Señor a diario y que no cambia su vida. Que tienen muchas horas de oración y que hace muchas obras, etc. etc. Pero su vida no se va transformando y una vida que no se va transformando, no puede dar frutos verdaderos para el Señor. Los méritos que recibimos en la Eucaristía deben dar frutos de conversión en nosotros y frutos de caridad para con nuestros hermanos.

Los laicos tenemos un papel muy importante dentro de nuestra iglesia, no tenemos ningún derecho a callarnos ante el envío que nos hace el Señor como a todo bautizado, de ir a anunciar la Buena Nueva. No tenemos ningún derecho de absorber todos estos conocimientos y no darlos a los demás y permitir que nuestros hermanos se mueran de hambre teniendo nosotros tanto pan en nuestras manos.

No podemos mirar que se esté desmoronando nuestra iglesia, porque estamos cómodos en nuestras Parroquias, en nuestras casas, recibiendo y recibiendo tanto del Señor: Su Palabra, las homilías del sacerdote, las peregrinaciones, la Misericordia de Dios en el Sacramento de la confesión, la unión maravillosa con el alimento de la comunión, las charlas de tales o cuales predicadores.

En otras palabras, estamos recibiendo tanto y no tenemos el valor de salir de nuestras comodidad, de ir a una cárcel, a un instituto correccional, hablarle al más necesitado, decirle que ha nacido católico y que su iglesia lo necesita ahí, sufriente, porque ese su dolor va a servir para redimir a otros, porque ese sacrificio le va a ganar la vida eterna.

No somos capaces de ir donde los enfermos terminales en los hospitales y rezar la coronilla a la divina Misericordia, ayudarlos con nuestra oración en ese momento de lucha entre el bien y el mal, para librarlos de las trampas y tentaciones del demonio. Todo moribundo tiene temor y el solo tomar la mano de uno de ellos y hablarle del amor de Dios y de la maravilla que lo espera en el cielo junto a Jesús y María, junto a sus seres que partieron, los reconforta.

La hora que estamos viviendo, no admite la indiferencia. Tenemos que ser la mano larga de nuestros sacerdotes para ir donde ellos no pueden llegar. Pero para ello, para tener el valor, debemos recibir a Jesús, vivir con Jesús, alimentarnos de Jesús ¹⁰.

CONCLUSIÓN

Después de haber podido leer algunos de los mensajes celestiales recibidos por Catalina Rivas, especialmente el más interesante e importante, que es el de la santa misa, podemos decir que Dios todavía envía santos a la tierra para hacernos conscientes de los grandes misterios de la fe católica. Ella como

¹⁰ Rivas Catalina, *La santa misa*.

algunos de los santos, ha tenido las llagas de Cristo y sigue siendo un ejemplo de vida para todos.

No faltan algunos que la han calumniado, no creyendo en sus carismas ni en los mensajes sobrenaturales que presenta, pero eso siempre ha pasado. Lo cierto es que todos sus libros han sido aprobados por obispos, especialmente por el arzobispo de Cochabamba, su tierra natal. Los mensajes que nos da sobre la presencia de Jesús en la misa y en la exposición del Santísimo Sacramento son ciertamente maravillosos.

La misa es el memorial de Jesús, o sea hace realidad aquí y ahora la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. No lo vemos con los ojos corporales, pero debemos creerlo por la fe. No debemos comulgar como si la hostia fuera un simple pan bendito. La hostia consagrada es el mismo cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesucristo. Es el mismo Jesús hecho vida en medio de nosotros y, por eso, hay que comulgar con mucha fe, amor y respeto.

Es lamentable que muchos católicos van a misa solo a cumplir una obligación. Otros solo por algún compromiso social, pero ahí está Jesús que siempre nos espera para bendecirnos y que por nuestra indiferencia, nuestra comodidad o falta de fe, muchas veces no puede darnos sus bendiciones, y más bien cometemos muchos pecados al tratar las cosas sagradas con total indiferencia. ¡Cuántos van a la iglesia con vestidos inadecuados, se pasan las ceremonias conversando o distraídos o aburridos, porque no les interesa lo que se dice y celebra!

Necesitamos más fe. Para ello debemos leer la Palabra de Dios, libros sobre santos y cómo vivían su fe. Leer especialmente las Autobiografías de los santos y sobre todo llevar una vida digna como cristianos, asistiendo a misa y comulgando, no solo los domingos, sino lo más frecuentemente posible, y también yendo a alguna iglesia a visitar a Jesús Eucaristía durante el día. También se recomienda que al pasar delante de una iglesia, sea caminando o en coche, sepamos que ahí, a pocos metros, está Jesús Eucaristía y mandarle un saludo cariñoso como muestra de nuestro amor.

Y cuando tengamos algún problema especial, no olvidemos que él nos espera para ayudarnos y consolarnos. Él es el mejor médico y psiquiatra del mundo y nos dice: *Venid a mí los que estáis agobiados y sobrecargados que yo os aliviaré.*

En resumen, amemos a Jesús Eucaristía, no olvidemos que en cada misa está también María y san José y que durante la misa no solo está presente nuestro ángel custodio, sino también millones de ángeles y de santos, asistiendo al gran

misterio que se celebra. La misa es como el cielo en la tierra. Vivamos la misa, avivemos nuestra fe y Dios nos bendecirá mucho más de lo que podemos pensar o imaginar. Que Dios los bendiga y sean santos,. Es mi mejor deseo para cada uno.

Tu hermano y amigo para siempre.

P. Ángel Peña O.A.R.

Agustino recoleto

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

Todos los libros de Catalina Rivas:
 Del Sinaí al Calvario, 2004.
 El arca de la nueva alianza, 2004.
 El rostro visible del Dios invisible, 2005.
 En adoración, 2007.
 He dado mi vida por ti.
 Hora santa, 2004.
 Las estaciones de la cruz, 2004.
 La gran cruzada del amor, 1998.
 La gran cruzada de la misericordia, 1998.

La gran cruzada de salvación, 1998.
La Pasión, 1998.
La puerta del cielo, 2004.
La santa misa, 2004.
Manantiales de misericordia, 1998.
Mi Cristo roto camina sobre las aguas, 2005.
Providencia divina.
Rezando el rosario, 2005.

Todos los libros de Catalina Rivas tienen el *imprimatur*, es decir, la aprobación de un obispo.